

UNA MIRADA A LAS RELACIONES ECONÓMICAS ENTRE MÉXICO Y JAPÓN Y EL INFLUJO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Alfredo ROMÁN ZAVALA*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *La migración japonesa y su incidencia en la economía mexicana*. III. *Las relaciones en la posguerra*. IV. *Los años setenta: turbulencia y complejidad*. V. *Una “luna de miel” con el Acuerdo de Asociación Económica*. VI. *Conclusiones*. VII. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

A más de 400 años de haberse llevado a cabo los primeros contactos en las relaciones entre Japón y México, y a 130 años de reconocérseles de manera oficial como “relaciones de amistad”, conviene situar y actualizar el proceso histórico de esas relaciones en un plano que interprete los alcances económicos de esa amistad. Muchas de las percepciones, por cierto, acerca de las relaciones se han enmarcado en anecdotarios personales o diplomáticos, pero poco sustanciosos en manifestaciones que reflejen hechos concretos derivados de esas relaciones.

El presente artículo se propone, justamente, situar el pasado, el presente y el devenir de las relaciones México-Japón a través de sus relaciones económicas. Aun así, siendo la economía un aspecto imposible de confinar a su propio ámbito, a lo largo de este escrito se relatarán acontecimientos de otra índole (política, migración), que interesan al desarrollo del discurso. Conforme sea el avance en la lectura de este artículo, se encontrará un hilo conductor altamente ostensible que define la relación entre los países que aquí se estudian y que lo seguirá haciendo en el futuro; ese hilo conductor

* Profesor-investigador en El Colegio de México.

se llama Estados Unidos y funge como “tercio predominante” que modula y afecta la relación.

II. LA MIGRACIÓN JAPONESA Y SU INCIDENCIA EN LA ECONOMÍA MEXICANA

Adicionalmente al impresionante auge industrial y económico que Japón experimentó desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial y de haberse convertido en casi un símbolo para muchos de los países en vías de desarrollo en lo que concierne al modelo económico que lo llevó a ese nivel, la relación con México se ha dado con intensidad y ha forjado lazos históricos que, al paso del tiempo, han servido para enlazar aún más las sociedades japonesa y mexicana. Empero, el contexto en el que se inscribe esta relación es mucho más amplio e involucra a la relación que Japón también ha tenido, a lo largo de su historia, con América Latina. Con seis generaciones de japoneses nacidos en latino américa, el número de personas con esa ascendencia se aproxima, hoy en día, a cerca de dos millones de descendientes de origen japonés.

La migración japonesa ha constituido el aspecto más importante de las relaciones entre Japón y latino américa hasta los años sesenta del siglo XX en que la explosión del comercio mundial y la inversión extranjera le dieron otra connotación. Las comunidades japonesas han sido un elemento significativo fungiendo, en muchos de los casos, como intermediarios de empresas japonesas y esa presencia ha contribuido también a tender mayores lazos de afinidad entre Japón y América Latina.

Para el caso de México, si bien se puede rastrear el contacto entre ambos países desde la época novohispana, no es sino hasta el periodo denominado “Porfiriato” (1876-1911) cuando se buscó de manera representativa y concreta el establecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con Japón. Este interés incluyó, desde luego, la promoción de la migración japonesa, dado que se consideraba a los japoneses como un pueblo trabajador, emprendedor y con un gran empuje para modernizar a su sociedad e insertarse en la economía mundial. Así pues, las postrimerías del siglo XIX tuvieron como contexto fundamental la escasez de población en México y, por lo tanto, la necesidad de una mano de obra que permitiera iniciar el desarrollo del país.

La base para el desarrollo económico, bajo el gobierno del presidente Porfirio Díaz Mori, consistió en la explotación de los recursos naturales y en la utilización de la fuerza de trabajo que la hiciera posible. Con la necesidad de satisfacer la demanda de mano de obra y a fin de mantener la produc-

ción agrícola, la explotación minera y muchas otras actividades vinculadas al sistema económico internacional, el gobierno mexicano favoreció la entrada de migrantes provenientes no únicamente de Japón sino también de China.

Además de la voluntad gubernamental del gobierno de Díaz, existieron factores y circunstancias alternas que influyeron para el ingreso de los migrantes hacia México. Destaca, sobre todo, un aspecto que contribuyó a alimentar la migración desde Japón: los episodios bélicos en los que Japón se vio envuelto a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX. Las guerras con China en 1894-1895 y con la Rusia zarista en 1904-1905, afectaron de manera indirecta para que muchos migrantes japoneses buscaran nuevas oportunidades en otras tierras. Asimismo, el gobierno japonés propició esas migraciones¹ a fin de solucionar dos problemas básicos: aumentar las divisas extranjeras que entraran a su territorio por conducto de las remesas que los migrantes enviaran a Japón y con ello financiar la industrialización del país y disminuir la presión demográfica en sus zonas rurales.

Otro factor que contribuyó al proceso migratorio hacia México, fueron las continuas prohibiciones para el ingreso de migrantes chinos y japoneses que, en los inicios del siglo XX, se dieron en el país que representaba la mayor atracción en materia migratoria para Japón: los Estados Unidos. Esas acciones del gobierno norteamericano para limitar el número de migrantes se habían dado ya con anterioridad en 1874 y en 1888 cuando se había prohibido en su totalidad el ingreso de inmigrantes chinos y japoneses. Con la limitación de principios el siglo, en el así denominado “Gentlemen Agreement” de 1907,² se provocó el desvío del destino original, Estados Unidos, hacia destinos secundarios alternos, México y otros países latinoamericanos. De esa manera, en los primeros años del siglo, Brasil, Chile Perú, Argentina y México fueron importantes receptores de esos flujos migratorios.

En el plano de la realidad mexicana, aparte de las racionalidades económicas que promovieron el ingreso de migrantes, se creó también una legislación para darle cauce legal. En 1888, México fue el primer país occi-

¹ La creación del Departamento de Migración en 1891 y la Ley de Protección al Migrante de 1894 fueron sólo dos ejemplos del fomento del gobierno japonés a la migración. También hubo subsidios directos para fomentar la migración y entre ellos se cuenta el pago del pasaje a quienes emigraban hacia Hawái y hacia Brasil.

² Con ese acuerdo, Japón decidía suspender el envío de ciudadanos japoneses hacia los Estados Unidos. A partir de esas legislaciones restrictivas y algunas acciones anti-japonesas en Estados Unidos, México se llegó a convertir en un punto intermedio entre Estados Unidos y otros países de América del Sur. McCullough, Kenneth B., *America's Back Door: Indirect International Immigration via Mexico to the United States from 1875 to 1940*, tesis doctoral, The University of Texas A&M, 1992, p. 45.

dental con el que el Japón estableció relaciones consulares, de reciprocidad jurídica y de igualdad soberana. Ese fue, sin duda, el paso más trascendente en la relación entre ambos países y fue también un acontecimiento que marcó y repercutió, por igual, en las causas que motivaron las migraciones japonesas hacia México. Como consecuencia, en 1891, con Fujito Toshiro a la cabeza, Japón estableció su representación consular en México y tres años después, en 1894, se promulgó la Ley sobre la Colonización que, entre otros efectos, favorecía el ingreso legal de los migrantes japoneses al país.

Las costas del Océano Pacífico, Chiapas en particular, fueron las primeras tierras de asentamiento colonizador para los inmigrantes japoneses. Desde 1892 el municipio de Escuintla en la zona del Soconusco fue seleccionado para ello, pero no fue sino hasta el 10 de mayo de 1897 cuando el primer grupo de colonos capitaneado por Kusakado Toraji, arribó a Puerto Madero después de una travesía de 47 días desde Yokohama. El 18 de mayo, del mismo año, los colonos japoneses tomaron posesión de sus tierras y fijaron como fecha de fundación de la colonia a la que denominaron “Enomoto Takeaki”, el 19 de mayo de 1897.

Los resultados económicos de la Colonia “Enomoto”, aunque por causas físicas diversas dejaron mucho que desear en cuanto a sus propósitos iniciales de mantenimiento de la comunidad y de retribuir las ganancias hacia Japón, incidieron en la conformación de posteriores pero efímeras empresas conjuntas mexicano-japonesas.

Las “Compañía Japonesa-mexicana” y la “Sociedad Cooperativa-Nichiboku Kyodo Gaisha” fueron empresas que buscaron continuar el trabajo de los primeros colonos en labores agrícolas, farmacéuticas y textiles pero su suerte no se vio favorecida en gran parte debido al surgimiento de la Revolución Mexicana de 1910. Esa experiencia, no obstante, tuvo la virtud de arraigar a muchos de los primeros inmigrantes japoneses (*Issei* o primera generación) en el sureste del país. Los migrantes japoneses, si bien habían ingresado al país con ciertas limitaciones y éstas se habían acentuado más con la Ley de Inmigración de 1926, podían hacer llegar al territorio nacional a sus ascendientes, descendientes, familiares, cercanos o lejanos, siempre y cuando se comprobara el parentesco de manera legal.

A partir del inicio del siglo, los migrantes habían ya incursionado en las industrias minera, de la construcción y de plantación de caña lo que hacía suponer el traslado a otros centros de desarrollo promovidos por el gobierno mexicano. En ese sentido, la migración hacia la parte norte del país hizo posible el establecimiento de núcleos alternos a lo largo, y en las cercanías, de la frontera con los Estados Unidos. Los pequeños grupos japoneses en Mexicali, Ensenada, Sinaloa, Ciudad Juárez, Coahuila, Chihuahua y So-

nora evidenciaron el inicio de un arraigo más definido de los migrantes japoneses una vez que, al estallido de la Segunda Guerra Mundial, el acceso legal e ilegal hacia los Estados Unidos se había hecho no sólo difícil sino excesivamente riesgoso.³

III. LAS RELACIONES EN LA POSGUERRA

Al finalizar la Segunda Guerra y en años posteriores, el clima de seguridad que México ofreció a la inversión extranjera se reflejó en los grandes volúmenes de participación. Por razones que parecerían obvias, Estados Unidos fue el contribuyente más destacado y ese esquema continuó hasta la década de los años setentas. Sin embargo, Japón había reiniciado exitosamente su camino al desarrollo económico y nuevamente se había despertado el interés de su gobierno por relacionarse, en comercio y en inversión, con América Latina.

México y Japón empezaron a recuperar una historia de muchos años cuando México fue uno de los primeros países en ratificar el Tratado de San Francisco en 1952. Con la llegada de la Datsun Motor Company en los años sesenta, y su afamado *Datsun Bluebird*, se vio incrementada la inversión japonesa en México de una manera modesta, aunque se le fue sumando un número indeterminado de inversionistas en distintas ramas económicas. Algunos años antes, en mayo de 1953, se había inaugurado la empresa Toyoda de México, S. A., con un capital inicial de 35 millones 500 mil pesos. La empresa japonesa Toyoda Automatic Loom Works había aportado esa cantidad, en tanto que Nacional Financiera había hecho lo propio con \$18.639,000, y un grupo de accionistas de Japón y de México \$5.800,000. El objetivo inicial consistió en instalar una fundición de hierro y acero y una planta para fabricar maquinaria textil. La noticia se difundió hasta los inicios de 1954, cuando el embajador japonés anunció la instalación de una planta para construir máquinas de las llamadas hiladoras automáticas Toyoda, que permitiría “la modernización de gran parte de la industria textil mexicana a un costo relativamente bajo”.⁴ El proyecto Toyoda planteó

³ Muchos de los inmigrantes perdieron incluso lo que habían llegado a construir, propiedades, posición y vínculos sociales. Durante la guerra y después de ella, la mayor parte decidió quedarse permanentemente en el lugar donde vivía abandonando su aspiración de ingresar a Estados Unidos o regresar a Japón. Kunimoto Iyo, “La Emigración japonesa a América Latina”, Japón, los Estados Unidos y la América Latina, Stallings, Barbara y Székely, Gabriel (comp.), FCE, México, 1994, p. 128.

⁴ Villaseñor, 1976, vol. II, p. 263. *Excelsior*, 26-I-1954. Citado por Leticia Gamboa Ojeda en “Toyoda y Siden. Fracaso de dos empresas de bienes de capital para la industria textil mexicana”, mimeógrafo, Universidad Autónoma de Puebla.

expectativas muy altas para el gobierno mexicano. Se decía que con ella empezaba en México “la era de la modernización de la industria textil”, y sería un ejemplo para el resto de la industria textil. No se proponía sin embargo transmitir sus tecnologías a ningún mexicano, pues todo su cuerpo de técnicos y superiores era japonés.⁵

Resultaría poco práctico tratar de enlistar aquí el caudal de inversiones japonesas en México, sin embargo, cabe señalar que Japón se convirtió, en unas cuantas décadas, en el segundo socio comercial de México en el mundo apenas detrás de los Estados Unidos. Por el lado de los descendientes de la primera colonia japonesa nacidos ya en México, tanto la segunda generación (*Nissei*) como la tercera (*Sansei*), llegaron a destacar modestamente en la economía del país. En ese sentido los mexicanos Matsumoto, Kimura o Sekiguchi, entre otras tantas, fueron familias que se enraizaron fuertemente en la actividad económica mexicana. Conviene apuntar que la relación entre ambos países adquirió otras características y otras dimensiones a raíz de las transformaciones económicas internacionales.

IV. LOS AÑOS SETENTA: TURBULENCIA Y COMPLEJIDAD

La migración japonesa hacia América latina constituyó el aspecto más importante de las relaciones entre Japón y latino América hasta los años sesentas y setentas del siglo XX en la que la explosión del comercio mundial, las crisis petroleras y la inversión extranjera le dieron otra connotación a la misma. Esos años fueron turbulentos para ambos países.

El gobierno japonés además de implementar políticas que se encaminaban a la disminución del consumo de energía esencial para mantener a sus industrias funcionando con la dinámica que le exigía su “milagro económico” y de iniciar, por los canales más propicios, una sustitución a largo plazo de este consumo energético que, a corto plazo, pudiera solventar sus urgentes necesidades de petróleo, se prodigó en numerosas políticas públicas no sólo para disminuir su dependencia respecto del petróleo sino también para diversificarla geográficamente.

La consideración de que la carencia de recursos naturales traía graves consecuencias a la economía japonesa se había ya percibido en el transcurso del siglo XIX y aparecía en continuas reiteraciones a lo largo del milagroso proceso económico de la segunda posguerra. La tendencia del crecimen-

⁵ Del Rosal, 1965, p. 4. Villaseñor, 1979, vol. II, pp. 264 y 298. Citado por Gamboa Ojeda, *op. cit.*, p. 11.

to económico acelerado y sostenido con el milagro económico, acentuó la necesidad de una mayor participación del gobierno japonés para buscar recursos naturales en el mundo entero que intentaba asegurar los abastecimientos adecuados de materias primas a través de inversiones japonesas en países proveedores. Los recursos naturales de energía hasta entonces, presentaban un solo defecto: se concentraban en una sola región geográfica, es decir, en el Oriente Medio.

A partir de las crisis del petróleo de los años setenta, la cooperación en el campo de la energía con otros países no miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se hizo mucho más notoria. El gobierno japonés y sus compañías privadas hicieron grandes cantidades de préstamos a países productores de petróleo no miembros de la OPEP y formularon distintos esquemas de financiamiento para poder asegurarse abastos futuros. Proyectos de infraestructura, proyectos exploratorios, industriales, programas conjuntos con empresas nacionales y otra gran variedad de formas cimentaron las relaciones japonesas con países que tuvieran las capacidades para producir petróleo.

El establecimiento de los programas de Asistencia Oficial al Desarrollo social japonesa fue la extensión de una política de seguridad energética que encuadraba en su política exterior. A finales de los años setenta, el gobierno japonés tomó la iniciativa de expandir rápidamente su gasto en la Asistencia o ayuda Oficial al exterior en gran parte motivado por el deseo de deshacerse de los cuantiosos montos derivados del reflujo de capitales petroleros. Esa tendencia continuó a lo largo de la década de los ochentas y alcanzó los años noventa. En ese periodo la explicación del gobierno japonés para el aumento en proporción de la ayuda al exterior consistió en que Japón debía cumplir un papel internacional responsable que correspondiera al poderío económico de una potencia avanzada.

Muchos de los proyectos más ambiciosos se centraron en países que albergaron a inmigrantes japoneses como Brasil, Argentina y Perú. A ellos se sumaron otros tantos como Paraguay, Bolivia y República Dominicana que habían aceptado flujos migratorios al terminar la guerra, pero también se interesaron en aquellos que ofrecían la ventaja de la cercanía geográfica con el mercado de los Estados Unidos. La búsqueda de países productores de los cuales pudiera obtener las materias energéticas indispensables para su desarrollo económico, llevaron al gobierno japonés a extender sus vínculos más allá de su tradicional esfera de influencia, el sudeste asiático, y mucho más allá de los confines del Medio Oriente. El gobierno japonés redescubrió el potencial de los países de Oceanía tales como Australia y Ma-

lasia e imprimió opciones diplomáticas para acrecentar sus relaciones con países latinoamericanos, como México.

En este caso particular, como consecuencia de la incesante búsqueda de nuevas fuentes geográficas de energía, ambos países exhibieron aspectos similares y confluyentes en cuanto a las políticas de diversificación especialmente en lo que se refiere a la dependencia hacia un solo país o una sola región. Mientras que Japón dependía de los países productores de petróleo del Medio Oriente, México dependía de los Estados Unidos. Así como México era importante para Japón en sus temas de política de diversificación de la oferta energética, Japón figuraba como un país susceptible de conformar una anhelada diversificación de la dependencia económica de México para con los Estados Unidos.

En efecto, hacía ya tiempo que México había iniciado un proceso de desarrollo basado en sustituir importaciones protegiendo a la industria nacional por medio de distintos y variados estímulos fiscales; esos estímulos atraían una mayor cantidad de inversiones extranjeras en su mayoría norteamericanas, que, adentrándose en los sectores claves de la economía nacional, acabaron por integrarla a los intereses económicos de los Estados Unidos y la hicieron depender de éstos en una escala considerable.

De tal forma a principios de la década de los años setenta se culó, con mayor evidencia, la crisis que aquejaba a las bases económicas y políticas donde se fincaba el modelo de desarrollo económico de México. De ahí, la política exterior de México adquirió un mayor impulso, se volvió más activa y se vio la posibilidad de expandir el comercio exterior del país para diversificar la dependencia de un solo mercado y replantear las relaciones con Japón. No obstante, a pesar de acontecimientos de relativa importancia derivada de una mayor actividad de la política exterior mexicana que afectaran positivamente en la relación entre ambos países (la visita del presidente Luis Echeverría a Japón en 1972, distintos programas de intercambio académico y la aceptación del ingreso al país por parte de las líneas aéreas, entre otros), el intercambio comercial no se incrementaba significativamente. Una de las causas que provocaba el estancamiento, fue la mejor oportunidad que representaba, para los industriales japoneses, el mercado brasileño como la fuente de recursos naturales más importante en América Latina.⁶ Visto de esa manera, era de comprenderse la falta de interés real por parte de Japón para incrementar sus relaciones económicas y comerciales con México.

⁶ Yamada, Matsuo, "Perfil histórico y visión retrospectiva. Alcances y perspectivas de las relaciones entre México y Japón", Simposio de las Relaciones México-Japón de la Posguerra en los Años 80, El Colegio de México, 16-18 marzo, 1983, p. 3.

Sin embargo, durante la segunda mitad de los años setenta, ante una de las crisis más agudas presentadas para México en la cual se escenificó un proceso constante de fuga de capitales que obligó al gobierno del Presidente Echeverría a devaluar el peso, se hizo público el descubrimiento de yacimientos petroleros de enorme cuantía en el sureste del país. Esto, aparte de proporcionar al país la autosuficiencia petrolera y detener en parte la descapitalización, le daba un mayor poder de negociación y cambiaba radicalmente la perspectiva comercial en torno a la diversificación de su dependencia.

Para Japón fue particularmente oportuno el hecho de que México se convirtiera en un productor importante de hidrocarburos, toda vez que la construcción de su política de diversificación de la oferta de materias primas en energía estaba aún inconclusa y la aparición de México en el mercado mundial de hidrocarburos facilitaba la apropiación y suministro de petróleo para la industria japonesa. Así pues, con renovados bríos y teniendo como factor común el petróleo mexicano, las relaciones comerciales entre Japón y México se estrecharon un poco más en el momento en que Japón conoció la importancia estratégica que representaba México para sus necesidades energéticas. Según el relato de Ruíz Cabañas, Japón buscaba

...fomentar las relaciones económicas, desarrollar el comercio y... hacer inversiones en sectores que le garantizaran acceso seguro a materias primas fundamentales, como el petróleo, o materiales estratégicos para su industria, como el manganeso, o bien inversiones en sectores en los que la industria japonesa fuera líder.⁷

El impulso de las relaciones alcanzadas durante el gobierno de José López Portillo en México vislumbró el establecimiento relaciones económicas más cordiales e intensas. A pesar de algunos desacuerdos iniciales en el precio del hidrocarburo, se acordó la promoción de inversiones japonesas en la rama siderúrgica de México, así como en distintos puertos del país a los que se buscaba proveer de una infraestructura moderna y funcional. En 1978, las relaciones entraron en una nueva fase al constituirse el Fondo Japón-México de coinversiones con la participación de NAFINSA, *Nippon Kogyo Ginko* con lo que se formó, por parte de México, el Comité de los cuatro que incluía a la Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial, a Petróleos Mexicanos, a la Siderúrgica Mexicana y a NAFINSA. Por el lado

⁷ Ruíz Cabañas, M. Una relación estratégica de larga distancia: Las relaciones entre México y Japón. En Torres, Blanca y Vega, Gustavo (coords.), *Los grandes problemas de México. XII Relaciones Internacionales*, El Colegio de México, México, 2010, p. 566.

japonés, el fondo se constituyó por seis empresas importantes entre las que se encontraban, *Toshiba*, *Ishikawarima Harima Juko*, *Shin Nittetsu Tokyo Ginko* y la Confederación Japonesa de la Industria Siderúrgica a fin de coordinar las inversiones acordadas.⁸

En agosto de 1979, el *Japanese Export Import Bank* otorgó un préstamo anticipado al gobierno de México a través de su empresa petrolera nacional (Pemex) por la cantidad de 500 millones de dólares en combinación con 22 bancos japoneses a fin de concertar un contrato para el establecimiento a largo plazo de la compra de petróleo crudo. El contrato contempló la compra de 100,000 barriles diarios de petróleo a partir de 1980 y el volumen sería negociable para los años subsecuentes dependiendo de los avances logrados en la cooperación económica entre ambos países y de las condiciones del mercado mundial de hidrocarburos.

Acaso los precios del petróleo y la petrolización de la economía mexicana fue la trampa más grande y compleja en la que cayó México en todo lo largo de su historia. Los préstamos para proyectos de exploración y explotación de yacimientos petrolíferos se convirtieron en deudas prácticamente impagables para el gobierno de México en la medida en que mientras más petróleo se extraía, esa extracción impactaba a la baja en los precios del mercado de los hidrocarburos. Si a eso se agrega el abandono mundial de la paridad fija de las monedas en relación con el dólar norteamericano a partir del “Nixon Shock” de 1971 y la subsecuente “flotación” del dólar, se explica, en buena parte, la crisis de la deuda mexicana de los años ochenta.

En el caso de la relación entre México y Japón ese problema tiene una explicación similar. En el periodo comprendido de 1978 a 1981, por ejemplo, se cuadruplicaron las exportaciones mexicanas a Japón, mientras que las importaciones se triplicaron. Las inversiones también se cuadruplicaron, pero no sólo ocurrió eso, la deuda pública con la nación asiática, establecida en 1,237 millones de dólares en 1977, alcanzó 5,410 millones en 1980 (un crecimiento de 430%); Japón se convirtió rápidamente en el segundo acreedor de México, sólo después de Estados Unidos.⁹ Hacia 1987, 29 bancos japoneses habían otorgado créditos por 16,118 millones, igual al 15% del total de la deuda externa. A continuación, podemos observar algunos bancos prestamistas y las cantidades otorgadas al gobierno mexicano.

⁸ Uscanga, Carlos (2016), *México y Japón en los años setenta: Los dilemas de la expansión e institucionalización de las relaciones bilaterales*, Kioto, Japón, Universidad de Lenguas Extranjeras de Kioto, p. 74.

⁹ Sergio González Gálvez y Victor Kerber Palma, “Una década en la relación México Japón”, *Foro Internacional*, El Colegio de México, núm. 300, p. 543.

En 1982 la crisis de la deuda mexicana alcanzó un nivel muy complicado lo que provocó su estallido y, a ella, le siguieron años de grandes dificultades para la economía nacional. En la secuela, por mandato del Fondo Monetario Internacional, se liberalizaron amplios sectores de la estructura productiva mexicana y se implementaron severos programas de privatizaciones. La orientación del gobierno japonés hacia el establecimiento de fábricas en países intensivos en mano de obra como México, se reflejó en el aumento de las inversiones en el país, ya fuera mediante la inversión extranjera directa o a través de préstamos. Esas tácticas japonesas intensificaron las relaciones y le dieron a Japón una buena posición para negociar con los mexicanos en materia de inversiones en el país. Además, era necesaria la estabilidad que asegurase el pago de retorno para los bancos privados involucrados en préstamos. El significado de la intervención japonesa en la solución de la crisis de deuda, no sólo para México, sino para toda América Latina se explica de la siguiente manera:

El gobierno japonés se involucró activamente en la solución de la crisis latinoamericana de deuda porque sus acciones en América Latina lograrían recompensas privadas directa o indirectamente. Sus acciones podrían proteger al sistema financiero japonés y permitir a los bancos japoneses zafarse gradualmente, sin grandes perturbaciones ni críticas, de los deudores latinoamericanos. Su participación activa también apoyó a los Estados Unidos, mejorando probablemente la relación bilateral económica y política más importante de Japón, y hacer más fácil el realce de su poder e influencia en las IFIs [instituciones financieras internacionales]. Finalmente, los vínculos institucionales estrechos entre bancos transnacionales aseguraban la satisfacción de las necesidades del sector privado mediante el suministro activo, por parte del gobierno japonés, de recursos financieros oficiales a la región.¹⁰

CRÉDITOS OTORGADOS POR BANCOS JAPONESES HASTA 1988 (DÓLARES)

Bank of Tokyo	1,441,116,000
Sumitomo Bank	1,186,007,000
Sanwa Bank	1,028,001,000
Dai-Ichi Kangyo Bank	898,313,000
Mitsubishi Bank	830,016,000

¹⁰ Katada, Saori. *Banking on Stability: Japan and the Cross-Pacific Dynamics of International Financial Crisis Management*. Michigan, U. S. A., University of Michigan Press, 2001, p. 67.

Tokai Bank	797,652,000
IBJ	795,187,000
LTCB	750,057,000
Fuji Bank	670,097,000
Taiyo Kobe Bank	662,482,000
Yokohama Bank	447,372,000
Mitsubishi Trust	427,513,000
Yasuda Trust	418,815,000
Mitsui Bank	399,777,000
Mitsui Trust	391,721,000
Nippon Credit Bank	367,317,000
Daiwa Bank	342,663,000
Hokkaido Takushoku Bank	335,048,000
Kyowa Bank	310,299,000
Saitama Bank	304,587,000
Sumitomo Trust	264,608,000
Toyo Trust	243,666,000
Chuo Trust	112,324,000
Hokukiru Trust	89,478,000
Nippon Trust	22,845,000
Shizuoka Bank	3,807,000
Ashikaga Bank	1,903,000
Joyo Bank	1,903,000
Total	13,544,574,000

FUENTE: González y Kerber, 1990: 552.

A principios de la década de los ochenta, Japón, que había acordado fabricar en el territorio nacional turbogeneradores para la industria eléctrica, así como carros contenedores de ferrocarril y un oleoducto decidió suspender o posponer esos proyectos a raíz de la crisis crediticia mexicana. Las exportaciones del petróleo por un lado y el aumento de la deuda por el otro constituyeron dos de los factores más significativos que le dieron sustancia

a la relación entre ambos países caracterizada por lo que se conoce como “complementariedad dinámica” y de beneficio mutuo.¹¹

En la tabla 1 se observa el comportamiento de las ventas petroleras. Hacia los primeros años de la década de los ochenta, este recurso era responsable de casi el 70% de las exportaciones mexicanas. El punto máximo se alcanzó en 1987, cuando el energético mexicano era responsable de proveer el 5.72%.

TABLA 1
EXPORTACIONES DE PETRÓLEO A JAPÓN (1978-2004)

<i>Año</i>	<i>Valor en millones de dólares</i>	<i>Participación en el mercado japonés (porcentaje)</i>
1978	3.94	0.02
1980	143.00	0.40
1981	924.85	1.78
1982	1,139.99	2.53
1983	1,453.07	3.67
1984	1,787.56	4.60
1985	1,454.81	4.23
1986	1,106.22	5.58
1987	1,161.85	5.72
1988	938.76	4.99
1989	957.95	4.46
1990	1,153.91	3.74
1991	998.34	3.32
1992	704.49	2.34
1993	465.79	1.65
1994	501.48	1.81
1995	498.37	1.66
1996	638.66	1.91
1997	423.71	1.22

¹¹ Gonzalez Galves y Kerber, Victor, *op. cit.*, p. 543.

<i>Año</i>	<i>Valor en millones de dólares</i>	<i>Participación en el mercado japonés (porcentaje)</i>
1998	195.96	0.88
1999	202.38	0.76
2000	396.25	0.89
2001	174.95	0.45
2002	78.73	0.22
2003	61.79	0.13
2004	54.79	0.10

NOTA: Las cifras de 1988 a 2004 corresponden a petróleo crudo. Los datos de 1978 a 1987 son aproximación, puesto que incluyen aceites de petróleo y petróleo obtenido de minerales, bituminoso, crudo.

FUENTE: Tomado de Ruiz Cabañas, p. 573. Elaborado a su vez con información del Ministerio de Finanzas de Japón.

Los flujos comerciales se fueron modificando a partir de las prioridades de ambos países y de acuerdo a las circunstancias del momento. Por ejemplo y a grandes rasgos, de 1950 a 1974 Japón demandaba principalmente materias primas, ocasionando que la balanza comercial fuera superavitaria para México. En cambio, de 1975 a 1981, con la profundización de las inversiones y la limitada capacidad exportadora mexicana el comercio se hizo deficitario. En los años dentro del periodo 1982 a 1987, México, aunque aquejado por un severo endeudamiento, tenía un lugar reconocido como exportador petrolero (fuera de los esquemas políticos que representaba entonces la OPEP), que le permitía mantener una situación superavitaria. A partir de la apertura económica mexicana hacia 1988, sin embargo, el comercio comenzó una escalada deficitaria debido a la mayor presencia de las inversiones japonesas asentadas en el país con miras a la exportación hacia los Estados Unidos.

Después de cambios en la estructura de ambas naciones, Japón aumentó la exportación de capitales, y México decidió recibir inversiones extranjeras con miras a actividades productivas de exportación. En términos generales, la inversión japonesa en el exterior pasó de promediar anualmente unos 18,338 millones de dólares de 1983 a 1989 a unos 24,667 millones en el periodo 1990-1999.

A finales de la década de los ochentas, las compañías electrónicas japonesas operaban en México principalmente en el esquema de maquila,

aprovechando las ventajas ofrecidas, como exención de impuestos, mano de obra barata, la cercanía al mercado estadounidense y la posibilidad de operar en ambos lados de la frontera.

En el periodo 1985 a 1993 el promedio anual de IED era 97.1 millones de dólares, más adelante, entre 1994 a 1998 alcanzarían los 275.9 millones. El tipo de empresas que se ubicó en la franja fronteriza estuvo compuesto principalmente de productoras de equipos electrónicos, ropa, plásticos, aparatos eléctricos y auto partes. Todos esos productos tuvieron, por regla general, al mercado de los Estados Unidos como el principal destino con un casi 90% del total de las exportaciones. Así, atraídos por los bajos costos y por la cercanía del mercado estadounidense, una gran cantidad de empresas japonesas se asentaron en el país para aprovechar las ventajas comparativas que se ofrecían y como respuesta al encarecimiento del Yen, de los altos costos para producir en Japón y de la devaluación del dólar. En los años ochenta, la creación de empleos en el ámbito nacional dio un salto mayúsculo y llegó a los 430 mil en 1989.

Es significativo señalar la presencia de algunas de las más importantes empresas integradoras de negocios o comercializadoras japonesas (Sogo Soshu) ya para la década de los años cincuenta. Por ejemplo, Marubeni se instaló en 1954, Mitsui un año después, Itochu en 1956 hasta, algunos años más adelante, se incorpora Mitsubishi (1962) y Sumitomo (1967). Hasta la crisis de los precios del petróleo a inicios de la década de los setentas, las comercializadoras japonesas se encargaban de promover las exportaciones, no exclusivamente desde México, de materias primas como madera, pulpas y papel, algodón, plata, hierro, manganeso, tungsteno, petróleo, gas o carbón para sus manufacturas que eran por entonces automóviles, maquinaria, equipo, herramienta, artículos eléctricos y electrónicos.

V. UNA “LUNA DE MIEL” CON EL ACUERDO DE ASOCIACIÓN ECONÓMICA

La década de los años noventa trajo consigo un rápido avance hacia la integración de mercados de tipo regional que se dieran en concordancia con los principios de liberalización comercial planteados tanto por el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) como por la Organización Mundial del Comercio (OMC). Esa tendencia al regionalismo se intensificó al grado de que, a mediados de los años noventa, existían más de 140 acuerdos de comercio regional en el mundo y de que cerca del 60% del comercio mundial se encontraba bajo la influencia de acuerdos comerciales de tipo regional.

De esa manera, la idea entre los sectores público y empresarial en Japón se encauzó hacia la firma de acuerdos bilaterales que expandieran las reglas de la OMC. La génesis de la transformación del comercio japonés tuvo a la recesión económica y al incierto futuro del comercio mundial como sus principales fundamentos. El fracaso de las negociaciones comerciales en el seno de la Organización Mundial del Comercio en la ciudad de Seattle, produjo una transformación sustancial en la tradicional posición japonesa frente a los acuerdos de libre comercio y redundó también en la necesidad de recomponer su estructura industrial al interior del país.

En ese contexto, en el año de 1994 se firmó el Acuerdo de Libre Comercio para América del Norte que incluía a los Estados Unidos y Canadá y en el cual se eliminó una gran cantidad de tarifas para el comercio interno de los países miembros. Seis años después, México concluyó un Acuerdo que liberalizó el comercio con la Unión Europea y el flujo de compañías europeas que encontró oportunidades para incrementar sus ventas en Estados Unidos se incrementó al igual que lo hizo la demanda para equipo de capital. Nuevamente, el atractivo principal para esas empresas fue el bajo costo laboral, exenciones de impuestos y el acceso al mercado consumidor más grande del mundo, el de los Estados Unidos.

Ante la firma de ambos Acuerdos, a mediados del mes de junio de 2003, el presidente de la Cámara de Comercio México-Japón, le envió una carta al entonces Ministro de Economía, Heizo Takanaka, apremiándolo para concluir un Acuerdo con México lo antes posible porque las compañías japonesas que operaban en el país se estaban viendo seriamente dañadas ante esas nuevas amenazas externas. Las presiones del empresariado japonés hacia México estuvieron también encaminadas a la consecución de un acuerdo que pusiera fin a las pérdidas y les diera igualdad en la competencia económica. En ese esquema y en distintos sentidos, presionaron al gobierno de México con la amenaza de abandonar al país bajo el argumento de que la inseguridad interna podría obligarlos a migrar a otros países.

No era para menos la urgencia. Las exportaciones europeas hacia México en materia automotriz habían crecido, de 20 mil vehículos en 1999, a 110 mil en el 2002 como consecuencia del Acuerdo de libre comercio firmado entre la Unión Europea y México. La proporción del mercado, que incluía automóviles producidos en el interior de la República mexicana, se situó en 23% y esa cifra se acercaba a las pertenecientes a la producción estadounidense a cuyas importaciones para “maquilar” y exportar tampoco se les imponía tarifa alguna.

Los importadores japoneses, por el contrario, que no tenían un acuerdo de libre comercio con México, habían ya padecido la imposición de tarifas

cercanas al 50% en esos conceptos. La falta de un acuerdo había provocado la pérdida de aproximadamente 400 mil millones de yenes en oportunidades anualmente para las industrias japonesas, así como la pérdida de 32 mil empleos. El TLCAN podría ser considerado como el primer gran desafío económico que tuvo que enfrentar el sector empresarial japonés en los albores del siglo XXI en una muy lejana reminiscencia a los “tratados desiguales” del siglo XIX.¹²

Para el Japón de esos años, la política de no pertenecer a ningún acuerdo de libre comercio desde la Segunda Guerra Mundial no le había sido favorable e iba en pos de consolidar un esquema de colaboraciones de carácter bilateral que le permitiera superar también la recesión económica por la que atravesaba desde fines de los ochenta. Japón buscó revertir esa situación mediante una integración en inversión y comercio con un número determinado de países (Corea del Sur, Singapur). De acuerdo con el Ministerio de Industria y Comercio Internacional de Japón, era “sumamente útil considerar la integración regional con aquellos países con niveles de ingreso y estructuras industriales similares a los de Japón”.¹³

Con esos antecedentes, en septiembre del 2004, el presidente de México y el Primer Ministro japonés firmaron el Acuerdo económico bilateral que tenía como premisa básica un Acuerdo de Asociación Económica (AFAEMJ) que se ampliaría hacia distintos rangos de colaboración mutua incluyendo al comercio mismo, la inversión, los derechos de propiedad intelectual y el flujo de personas. El acuerdo permitió también una mayor incursión de los productos agrícolas mexicanos en el mercado japonés y los productores de autos japoneses igualaron a sus contrapartes europeos y norteamericanos.

La inversión japonesa directa en México se incrementó aceleradamente en los años siguientes, debido a que se simplificaron los procedimientos para aprobar nuevas inversiones, los bajos costos de la mano de obra y ante la posibilidad de aprovechar las ventajas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. México continuó siendo un importante receptor de

¹² Un “Tratado de Amistad y Comercio” fue firmado por los gobiernos de los Estados Unidos y Japón el 29 de julio de 1858 en el cual se permitió, entre otras cosas, la apertura de cinco puertos al comercio estadounidense y garantizó la extraterritorialidad a los extranjeros. Ese tratado de “amistad” fue seguido por otros similares firmados en las semanas siguientes con otras potencias. El tratado redujo, en mucho, la soberanía y reveló la debilidad japonesa ante el avance de la expansión de las potencias de occidente. Japón recuperó justamente su estatus de país soberano cuando concretó la firma del Tratado de Amistad, comercio y navegación firmado con México en 1888.

¹³ MITI informe trimestral, mayo del 2000.

inversiones japonesas que evolucionaron hasta convertirse en una fuente importante de ingresos para su economía.

Durante el periodo que comprende esa “luna de miel” entre México y Japón a partir de los años de la entrada en vigor del AFAEMJ, el comercio también creció en una tasa anual del 6%, aunque con algunos retrocesos en los años 2009 como resultado de la crisis financiera global y en el 2013 debido a la contracción por la reducción de la demanda en algunos sectores. En 2014 el comercio reportó un valor ligeramente superior a los 21.5 mil millones dólares, es decir, casi el doble de lo registrado en el último año antes del acuerdo (11.7 mil millones en 2004).

Hay que reconocer, no obstante, que la balanza comercial para México se hizo abiertamente deficitaria debido a la triangulación de la producción de exportación hacia los Estados Unidos: las empresas japonesas establecidas en México demandan una cantidad considerable de insumos especializados para realizar el ensamblado de bienes de consumo final destinados al mercado exterior. Ese déficit comercial se tradujo, por el contrario, en un superávit en el intercambio con los Estados Unidos. Todo el eslabonamiento posicionó a México como el principal exportador de vehículos para el transporte de mercancías, pantallas planas, tracto-camiones, televisiones, resistencias eléctricas para aeronaves, refrigeradores, refrigerados y congeladores y computadoras.

BALANZA COMERCIAL DE MÉXICO CON JAPÓN, 1993-2016

<i>Valores en miles de dólares</i>				
<i>Año</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>	<i>Comercio</i>	<i>Balanza</i>
			<i>Total</i>	<i>Comercial</i>
1993	706,551	3,928,743	4,635,294	-3,222,192
1994	1,007,042	4,780,541	5,787,583	-3,773,499
1995	979,312	3,952,099	4,931,411	-2,972,787
1996	1,393,404	4,132,093	5,525,497	-2,738,689
1997	1,156,428	4,333,619	5,490,047	-3,177,191
1999	776,093	5,083,124	5,859,217	-4,307,031
2000	930,535	6,465,683	7,396,218	-5,535,148
2001	620,550	8,085,693	8,706,243	-7,465,143
2002	1,194,206	9,348,549	10,542,755	-8,154,343

UNA MIRADA A LAS RELACIONES ECONÓMICAS ENTRE MÉXICO Y JAPÓN... 501

<i>Valores en miles de dólares</i>				
<i>Año</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>	<i>Comercio</i>	<i>Balanza</i>
			<i>Total</i>	<i>Comercial</i>
2006	1,594,038	15,295,157	16,889,195	-13,701,119
2007	1,912,637	16,342,979	18,255,616	-14,430,342
2008	2,046,035	16,282,450	18,328,485	-14,236,415
2009	1,600,591	11,397,105	12,997,696	-9,796,514
2010	1,925,554	15,014,685	16,940,239	-13,089,131
2011	2,252,287	16,493,493	18,745,780	-14,241,206
2012	2,610,742	17,655,200	20,265,942	-15,044,458
2013	2,244,050	17,076,109	19,320,159	-14,832,059
2014	2,608,476	17,544,572	20,153,048	-14,936,096
2015	3,017,502	17,368,168	20,385,670	-14,350,666
2016	3,778,849	17,751,100	21,529,949	-13,972,251

FUENTE: SAT, SE, BANXICO, INEGI. Balanza Comercial de Mercancías de México (1993-2017). SNIEG. Información de Interés Nacional.

NOTA 1: Las estadísticas están sujetas a cambio, en particular las más recientes.

NOTA 2: Las exportaciones de 1993 a 2001 la atribución de país sigue el criterio de país comprador. A partir de 2002 el criterio utilizado es el de país destino.

Japón se convirtió en el principal inversionista asiático en México y el sexto a nivel mundial. En el 2015, la Inversión Directa japonesa equivalió al 62% de la inversión proveniente de Asia. En la distribución sectorial, el 84% (más de seis mil millones de dólares) han terminado en la industria manufacturera de diversos productos. Geográficamente, la inversión se centró en un 56% en los estados de Aguascalientes y Guanajuato; en Nuevo León, entre 2005 y 2014, el 17% de la IED total recibida ha sido japonesa; en Jalisco esa proporción asciende a 26.2%, 30.3% para el caso de Guanajuato, 65.6 en Zacatecas, y 74.8% en Aguascalientes.¹⁴

Por otro lado, los 3.7 mil millones de dólares en exportaciones mexicanas hacia Japón han situado a la nación latinoamericana en el tercer lugar entre los principales proveedores del país asiático en la región, sólo después de Brasil y Chile. El AFAEMJ se convirtió en un instrumento que generó

¹⁴ Secretaría de Economía (2017), *Diez años del Acuerdo de Asociación Económica México-Japón. Logros, retos y oportunidades*, México: ProMéxico.

una gran cantidad de beneficios para ambos países desde su inauguración y ha estado sujeto a monitoreo y modificaciones periódicas por acuerdo entre las partes.

Finalmente basta señalar que a lo largo de las últimas dos décadas y mediante programas de cooperación económica, las relaciones bilaterales entre Japón y México han seguido en aumento, resaltando proyectos como la dotación de equipo de investigación arqueológica al Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1982, la creación del Centro Nacional de Prevención de Desastres en 1988, el financiamiento para establecer un centro de investigación para el aprovechamiento de la energía geotérmica anunciado por la Agencia de Cooperación Internacional de Japón (JICA) en 2006, la donación de 505,000 dólares para impulsar proyectos de energía renovable en el campo mexicano en 2007, además del constante intercambio de personas entre ambos países mediante estudios de grado y de posgrado.

VI. CONCLUSIONES

Más allá del recuento casi pormenorizado del proceso de intercambio en la relación entre ambos países, merece la pena observar con detenimiento las tendencias globales y regionales para anticipar los escenarios en los cuales la relación México-Japón puede rendir beneficios o sufrir quebrantos en el corto y en el mediano plazo. Es claro que, para México y Japón, la experiencia de un Acuerdo de Asociación económica ha rubricado un proceso de intercambio económico y de amistad que, a través de su corta, pero significativa, historia, ha sido satisfactorio en lo general. Resalta también el hecho de que, en ese entramado de circunstancias que han vestido a sus relaciones, se descubre la omnipresencia de los intereses económicos —y políticos—, de los Estados Unidos, no sólo como un gran eslabón que los ha entrelazado sino como el gran polo que los atrae de manera irreparable a través de una gran variedad de coyunturas y contextos.

Racionalmente hablando, el mejor atractivo que ofrece México a los inversionistas extranjeros consiste en una frontera de alrededor de tres mil kilómetros colindante con el mercado de los Estados Unidos. Japón no escapa a esa atracción y, de ahí, se desprende toda esa gama de intereses relatados en las páginas precedentes. A eso, se suma otro hecho incontrovertible, no geográfico, sino histórico: el vínculo tutelar que asumieron los Estados Unidos en la segunda posguerra en relación con Japón después de su capitulación. Desde el fin de la segunda guerra y hasta los años que corren en las primeras décadas del siglo XXI, Japón ha sido considerado como un

bastión estratégico, económico, político y militar, de los Estados Unidos en el Este de Asia y, como tal, ha cumplido con creces esa encomienda, aun a costa del ejercicio pleno de su soberanía.

México y Japón han tenido, hasta ahora, una relación histórica en la cual Estados Unidos ha desempeñado un papel de tercio predominante, pero en donde caben beneficios para los tres países. El Acuerdo de Asociación Económica entre México y Japón tuvo, y tiene, ese carácter. No obstante, si hay algo que define al mundo global de hoy en día es la volatilidad con la que ésta se despliega y la incertidumbre que genera. Las cuantificaciones de las relaciones entre México y Japón a lo largo de su historia contemporánea tienen como foco, para bien y para mal, a los Estados Unidos y esa es su realidad. Por lo tanto, el futuro de las relaciones entre ambos, basadas únicamente en las dimensiones del Acuerdo firmado, será una riesgosa apuesta ante la eventualidad de un retraimiento táctico de la mayor potencia mundial: los Estados Unidos.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- Gamboa Ojeda, Leticia, “Toyoda y Siden. El fracaso de dos empresas de bienes de capital para la industria textil mexicana”, mimeógrafo, Universidad Autónoma de Puebla, 2001.
- González Sergio y Kerber, Victor. Una década en la relación México-Japón. *Foro Internacional* 300 (3), El Colegio de México, 1990.
- Katada, Saori, *Banking on Stability: Japan and the Cross-Pacific Dynamics of International Financial Crisis Management*. Michigan, U. S. A., University of Michigan Press, 2001.
- Kunimoto Iyo, “La Emigración japonesa a América Latina”, en *Japón, los Estados Unidos y la América Latina*, Stallings, Barbara y Székely, Gabriel (comps.), Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- McCullough, Kenneth B., *America’s Back Door: Indirect International Immigration via Mexico to the United States from 1875 to 1940*, tesis doctoral, The University of Texas A&M, 1992.
- Manger, M. (2005), Competition and Bilateralism in trade policy: The case of Japan’s free trade agreements, *Review of international political economy*, 12 (5).
- Reporte Final (2002), Informe final del Grupo de Estudio México-Japón sobre el Fortalecimiento de las Relaciones Económicas Bilaterales, julio de 2002.

Ruíz Cabañas, Miguel, “Una relación estratégica de larga distancia: Las relaciones entre México y Japón”, en Torres, Blanca y Vega, Gustavo (coords.), *Los grandes problemas de México. XII Relaciones Internacionales*, México, El Colegio de México, 2010.

Secretaría de Economía, *Diez años del Acuerdo de Asociación Económica México-Japón. Logros, retos y oportunidades*, México: ProMéxico, 2017.

TLCAN (1994), Tratado de Libre Comercio de América del Norte, disponible en: http://www.sice.oas.org/Trade/nafta_s/Indice1.asp.

Uscanga, Carlos, *México y Japón en los años setenta: Los dilemas de la expansión e institucionalización de las relaciones bilaterales*, Kioto: Universidad de Lenguas Extranjeras de Kioto, Japón, 2016.

Yamada, Matsuo, “Perfil histórico y visión retrospectiva. Alcances y perspectivas de las relaciones entre México y Japón”, Simposio de las Relaciones México Japón de la Posguerra en los Años 80, El Colegio de México, 16-18 marzo, 1983.